

LA CAZA DEL CONDOR

(CUENTO ECUATORIANO)



TRAMONTABA el sol las primeras cumbres bravías. Un vaho a tomillo y azucenas salía de los prados por donde, no hacía mucho, puso la reja del arado unas largas heridas llenas de simiente. Los encinares se aurificaban lentamente, a medida que la mañana iba tomando bríos por el valle. Y el río, festoneado de grandes piedras grises, corría jubiloso por el barranco, hinchándose con la aportación de las lluvias invernales.

La pesuña del noble alazán hurgaba ya hacía rato por el senderillo. De los belfos manaba un cansancio blanco y en las patas se cuajaba el sudor. Juan Miguel, en la silla, oteaba el recortado horizonte de los puertos, presintiendo que su caza llegaba a término.

—¡Arribita, "Vinoso"! Ya llegamos... Y el potro trepaba prodigiosamente los empinados recuestos, como si gozara con su amo la emoción de la salvaje cacería. Allá asomó una nube plana como un poncho y oreó en el aire un colibrí sus aillitas eléctricas.

Un viejito indio, con una suciedad de siglo, descubrióse al acercarse el jinete.

—¡Dios le lleve, patrón!—cascaron sus labios rajados.

—¡Si le place!—contestó Juan Miguel.

POR J. M. SANZ LAJARA
ILUSTRACIONES DE G. RUALES

Y en los ijares del "Vinoso" finteó un espolazo habilísimo, que proyectó a la bestia hacia arriba.

El cholo, atrás el sombrero y revueltos los ásperos cabellos, temblaba casi con la rabia de diez horas. La noche vió cruzar el valle; el día contemplábase frente a las cumbres. Arrugas preocupadas turbaban la frente del capataz.

Todo comenzó días atrás, cuando en los gallineros de la hacienda faltaron dos gruesos pollones. La inquietud de la cholada plasmó frases agrias en los labios de Juan Miguel, y peones, indios y gañanes diéronse a la busca del ladrón, hasta que muchos ovejos después y un sinfín de aves de corral más tarde llevaron el mismo camino. Galopó en el cielo, la tarde anterior, un cóndor de proporciones colosales.

—¡Allá vuela el maldito!—gritaron los testigos.

—¡Allá lo mató!—profetizó Juan Miguel.

El pájaro, enorme, con negrura de abismo, planeó en lo alto como azor hábil y astuto. Disparos de rifles bordearon su vuelo, pero las balas volvieron a enterrarse en el polvo o en las haces, vírgenes de sangre todavía. Y Juan Miguel desafió inútilmente al rapiñoso, que éste, abriendo

sus alas, zarpó hacia los picos inaccesibles de la cordillera. Los rayos del sol, esfumándolo entre su océano de oro, parecieron rezar callanditos:

—Buscadlo, si queréis, en las nubes...

Y Juan Miguel se fué a buscarlo en las nubes. ¡Con el "Vinoso", su rifle y su coraje! Por todo esto, la mañana excitaba al cholo y le arrancaba temores de lucha.

—Si tiene cetrero, ¡ya se muere!—monologaba.

Así llegaron bestia y jinete a las parameras. Un viento terrero rumiaba sobre la pajiza, para luego erguirse furibundo ante los despeñaderos y rebotar en las cimas nevadas. Juan Miguel, despaciosos al fin en terreno enemigo, aspiró a raudales el brisote y cortó, al atajo, hacia el rocoso tronco de la montaña.

Desafiándole, brotó en la altura el ave formidable, tenas alas y garras, entornado el pico hacia donde trotaba el "Vinoso". El negro cuerpo musculoso lanzábase de pronto hacia las fisuras del puerto para surgir, rapidísimo, en prodigioso ascenso, de espirales, al cielo.

Descendió Juan Miguel de la montura.

—Aquí te quedas, "Vinoso"—dijo al alazán—. Anda lejito, pa que pastes contento...

Y cuando húbese el potro alejado, viró el cholo y caminó despaciosamente por el páramo. A distancia, el cóndor veíale llegar con sorpresa, dudando aún que humano mortal traspusiera los umbrales de su reino misterioso.

Bien seguido murió el páramo y nació la roca. Juan Miguel tercióse el poncho a modo de casaca, agarró el rifle con la diestra y hurgó en busca de camino por el abrupto escalón en que se abría la loma. Encontró agarraderas en los peñascos y allá fué...

—¡Vente, ventel!—gritó una vez al cóndor; mas éste, ducho en lides escapatorias, husmeaba entre las cumbres, deteniéndose a ratos en una, como si fuera maligno ente del espacio. Cuando hacía lo último, una sombra de pico descomunal proyectábase sobre los farallones, danzando a medida que el sol se alzaba en el horizonte.

—¡Ratito, ratito!—decía Juan Miguel—. ¡Ratito na más pa que estemos enfrentecitos tú y yo, pajarracol...

Y siguió trepando por donde ni breñas ni cactus había. La recia corpulencia del cholo se iba colando al fin hasta la cumbre ansiada, allí donde el cóndor aposentaba sus reales y se vertía la sangre cálida y rezumante de las víctimas en muchos atardeceres andinos. A territorio de garras y picos llegó Juan Miguel, y cerquita, entre dos peñas bamboleadas por el viento, vió finalmente la helada guarida del monstruo.

—Ahora te espero—le gritó el cholo al ave gigantesca.

Y con reposo se quedó sentado frente a frente al valle, con la espalda en la roca y la vista atenta a los vuelos audaces del cóndor. Este último, indeciso aún, planeaba a ratos, siempre elevadísimo. ¡Y llegó un instante! El pajarraco, frente al sol, quedó como una mancha en el éter. Oyóse un trueno y del rifle de Juan Miguel brotó un humillo rebelde.

—¡Acha..., chachay!—exclamó el cazador—. Hubo una sacudida en mitad del raudo vuelo y el pájaro vibró con agudos temblores. Pero no cayó. Su raza era de titanes; su fortaleza, la de los Andes; su resistencia, hasta la muerte.

—¡Andale, guapotel!—le gritó Juan Miguel, enervado con la salvaje cacería—. Macho que eres... ¡Vente acá ¡Acasitol!

El cazador saltó por el peñasco y el monarca de los páramos se lanzó brutalmente hacia él. No había miedos ya. El dolor guiaba sus alas formidables. ¡Dar muerte antes de morir!

—¡Acha..., chachay!—volvió a gritar Juan Miguel en mitad de un paroxismo rayano en sensualidad.

Retumbó el cañón del rifle nuevamente y vióse al cóndor iniciar una caída de piedra. Por un segundo, que en seguida se elevó nuevamente, esta vez con estertores en las orgullosas alas.

—Basta, machote! ¡No te rajo más ansinal! ¡Muere si quieres!—dijo Juan Miguel, largando el rifle contra una roca.

Y el ave solitaria y aguerrida, el pájaro de fuego, dueño y señor de los abismos, pareció comprender. Perdida la mortal batalla ante este ser extraño, rojizo, que había escalado a las cumbres en su busca, era preciso morir como se había vivido. Hubo así un extraño chillido, casi un grito, y vióse al cóndor desplomarse como un bólido de plumas, yertas las garras, abierto el pico terrible y sangrante el pecho. Su caída fué cerca de Juan Miguel, tan cerca que el cholo llegó a creer por un instante que se le venía encima.

Corrió hacia el ave moribunda. No hizo falta gracia. El cóndor ya no era más. Juan Miguel miró la presa con unos ojos brillantes, luego irguióse, aspiró fuertemente y murmuró:

—¡Pena que guapotes así salgan ladrones!

Y la mañana, radiante y jubilosa, prendió en su diáfana luz al hombre y al cóndor, ambos estampas de un mundo inverosímil...

